

JOSÉ ANTONIO MARINA

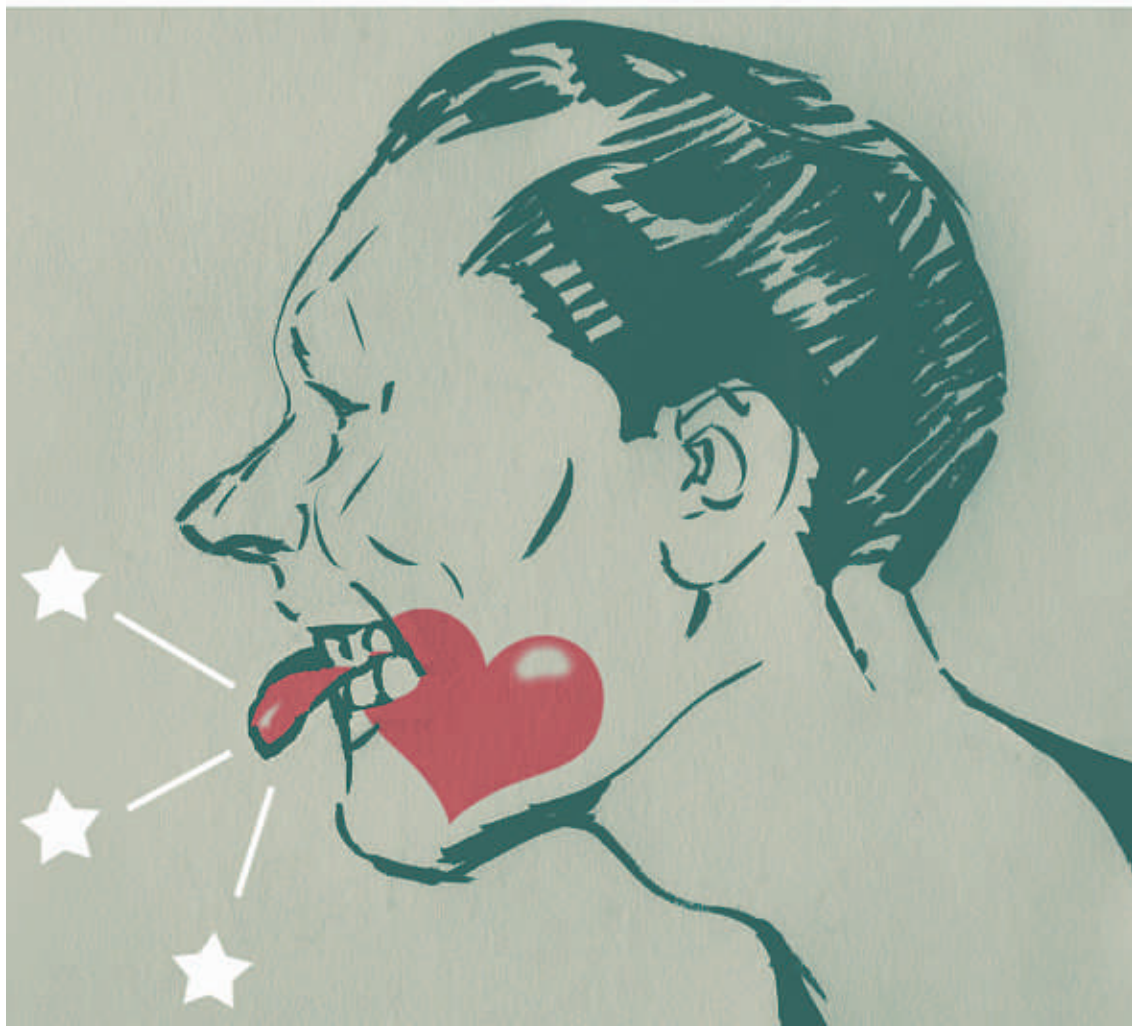
es@lavanguardia.es

crear

EL COLABORACIONISTA

No sé cuántos artículos he escrito en mi vida. La mayoría los he perdido. Y, sin embargo, son mi autobiografía intelectual. Un "diario" no íntimo, sino público, escrito bajo el impulso de un acontecimiento concreto, de un proyecto en marcha, de una ilusión o de una decepción. Si repasara esos textos, encontraría sin duda algunos temas recurrentes, que me inquietan me angustian me animan me desaniman, así, sin comas, todo a la vez. Serían, al menos eso creo, un "sistema de filosofía en el astillero", haciéndose. Uno de esos temas insistentes es el colaboracionismo. Se trata de una palabra que se acuñó en Francia al acabar la Segunda Guerra Mundial. El régimen de Pétain había colaborado con los nazis, y esa perversa cooperación había añadido un "ismo" negativo a un verbo positivo. Colaborar es bueno, ser colaboracionista es malo. ¿Por qué? Porque supone colaborar con el mal. Pues bien, yo no quiero ser colaboracionista.

Tal vez piensen que el asunto está tan claro que no debe preocuparme. Pero creo que se equivocan, para desdicha mía. Hay, en efecto, casos de colaboracionismo explícito e intencionado, que no presentan problemas. Un cómplice coopera al delito y es culpable de él. Pero hay otros casos de colaboracionismo que son indirectos, o que son omisiones, en los que participamos sin darnos cuenta, y estos son los que me preocupan. Los actos que realizamos tiene un efecto querido, previsible, y otros no deseados, imprevisibles. Y los actos que no hacemos, también. Todos influimos en las creencias vigentes, en las modas, en las costumbres, pero muchas veces sin ser conscientes de ello. Suelo decir a mis alumnos que en una democracia el ciudadano ejerce tres votos, al menos. El primero es el voto político, el que depositamos en las urnas durante las elecciones. El segundo es el económico. Cada vez que compramos un objeto, pudiendo comprar otro, o vemos un programa de televisión pudiendo ver otro, estamos diciendo: "Continúen produciendo esto, porque yo lo voy a consumir". El tercer voto es el de la fama. Es importantísimo cuidar a quien se hace famoso, porque al hacerlo estamos proponiendo modelos para imitar. Si premiamos a los sinvergüenzas, nos saldrán sinvergüenzas de debajo de las piedras.



Raúl

LOS ACTOS QUE NO HACEMOS PORQUE SE PIENSA QUE NADA TIENE SOLUCIÓN TIENEN TAMBIÉN EFECTOS NO DESEADOS

Hay formas sutiles de colaboracionismo. Por ejemplo, el escepticismo que lleva a la inacción. Es la actitud de quien parece estar de vuelta de todo sin haber ido a ningún sitio. Del que piensa que nada tiene solución y que es un despropósito intentar rebelarse. A estos dedicó Unamuno –en el prólogo de *Vida de don Quijote y Sancho*– un texto que enardeció mi adolescencia. Estaba recomendando la moral del caballero, la de quien sale a enderezar entuertos, y ante la protesta del escéptico que asegura que no hay nada que hacer, le da un duro consejo para arreglar el mundo. "¿Tropezáis con uno que miente? Gritarle ¡mentira! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba?, gritarle ¡ladrón! Y ¡adelante!". Ante la objeción del que dice que a pesar de ello no se borrarán la mentira ni el latrocinio, responde airado: "¿Quién ha dicho que no? La más miserable de todas las miserias, la más repugnante y apestosa argucia de la cobardía es esa de decir que nada se adelanta con denunciar a un ladrón porque otros seguirán robando, que nada se adelanta con decirle en su cara majadero, porque no por eso la majadería disminuirá en el mundo". Respecto de este texto, continúo siendo el adolescente que fui, porque me sigue conmoviendo. ■